

Paul Yoon

CAZADORES DE LAS NIEVES

Traducción del inglés

Teresa Lanero



Título original: *Snow Hunters*

© de la obra: SNOW HUNTERS © 2013 by Paul Yoon

© de la traducción: Teresa Lanero, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: enero de 2018

Corrección externa: Francisco Herrero

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA
ISBN: 978-84-16858-31-6
Depósito Legal: M-29396-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Laura, mi costa

*Vi un árbol dentro de un árbol
que aumentaba cual caleidoscopio
como si en sus hojas hubiera fantasmas vivientes.*

CHRISTIAN WIMAN

*Niños en los árboles,
uno cae
y otro lo agarra.*

MICHAEL ONDAATJE

I

1

Un día lluvioso de aquel invierno, llegó a Brasil.

Atravesó el mar en un carguero en el que era el único pasajero. El calor aumentó en los últimos días del viaje y, al comentar que allí no había nieve, los miembros de la tripulación se echaron a reír. Habían arrojado pescado por la borda para atraer la suerte, como era costumbre, y él vio las aves que se retorcían en el viento antes de lanzarse en picado al agua. Nunca había visto el océano, nunca había viajado tanto como en el transcurso del último mes. Se llamaba Yohan y tenía veinticinco años.

Llevaba un viejo traje gris que le quedaba demasiado grande y un sombrero de ala corta. No eran suyos, se los habían dado en el campamento; cuando se los puso, la joven enfermera, que era americana, dobló con cuidado la camisa militar que había llevado todos esos años, aunque estaba rota, gastada y casi irreconocible.

Recordó que la enfermera tenía los hombros estrechos y la nuca bronceada por el sol. Había sido amable con él. Lo fue en aquellos

días del campamento. Sin embargo, él no le dijo nada al despedirse de los guardias y los médicos, que formaron una fila debajo de la carpa en ese gran campo donde el cielo era bajo e inmenso, donde soplaba un viento que arrastraba el olor de la tierra y de la enfermedad, y el sonido de los animales de una granja cercana.

Lo acompañaron hasta la parte posterior de un camión de Naciones Unidas. La noche anterior había nevado, pero el día estaba claro a la hora de marcharse. Alguien le saludó desde una torre. Él cerró los ojos y pensó en castillos.

También le proporcionaron una mochila con una camisa y unos pantalones de repuesto. En el bolsillo de la chaqueta, detrás de un pañuelo cuidadosamente doblado, llevaba una carta que confirmaba su lugar de residencia y su puesto de trabajo.

Casi anoecía y el barco estaba próximo a tierra cuando empezó a llover. La lluvia era suave y ligera, y todos permanecieron en cubierta. Yohan sentía las gotas golpeando el ala de su sombrero y perdiéndose por sus hombros. Tenía los ojos secos y enrojecidos por el viento. La noche anterior, frente al espejo del camarote, se había cortado el pelo como lo cortaban las enfermeras en el campamento para prevenir los piojos. También se había afeitado, aunque en un primer momento se preguntó si podría hacerlo y dudó antes de presionar la cuchilla contra la piel.

Ya se veía la costa. Al principio parecía una nube. Luego cambió, la línea se dividió en segmentos y se empezaron a distinguir las tejas

de las casas, la piedra y los muros encalados junto a la ladera de un monte.

Comenzó a vislumbrarse el puerto. Después, las velas y los mástiles de las embarcaciones. Yohan se agarró a la barandilla y siguió el humo de los barcos de vapor al elevarse sobre la ciudad.

Junto a la cima atisbó el chapitel de una iglesia y, más arriba, en lo más alto del monte, un gran árbol solitario. Hacia el norte, siguiendo la costa, se levantaba el caserón de una hacienda sobre un gran prado. Y más lejos, sobre un promontorio, cintilaba la luz de un faro.

Llegaron a puerto. Al aproximarse el barco al muelle, los envolvió una niebla acompañada del eco repentino de voces y motores y el chirrido de las cuerdas en las poleas. Los comerciantes los miraban y agitaban los brazos con los productos que vendían. Los pescadores limpiaban las barcas; los terratenientes se preparaban para viajar hacia el oeste, a visitar sus propiedades y ver a sus arrendatarios.

Pronunció el nombre de aquel país y luego lo repitió.

Cuando el barco atracó, ayudó a los hombres a descargar las mercancías. No quitaba la vista del carguero, de los cajones que se deslizaban por la rampa de desembarco. Sintió un movimiento detrás de él, oyó un golpeteo lento. Le llegó un olor a sangre, sin saber si provenía de su imaginación o de las redes de pesca que se movían en el aire.

La lluvia no había cesado y un marinero, el más viejo, le ofreció un paraguas. Era azul con el mango de madera.

El marinero se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—De parte de la niña. —Y señaló el barco, donde Yohan creyó ver una coronilla de pelo y una bufanda clara que ondeaba en el cielo. Un niño echó a correr detrás de ella gesticulando con los brazos. Desde la distancia le llegó la voz de la chica, su delicadeza y seguridad elevándose como una cometa, la extraña cadencia de las palabras en otra lengua.

Yohan se detuvo, como a la espera de que sucediera algo. Pero los niños desaparecieron, y dudó si de verdad los había visto y oído, si había comprendido lo que dijo el marinero. Tenía entendido que en el barco no había más pasajeros.

—Que te vaya bien —le deseó el marinero.

Él dio a todos la mano y observó la fatiga de los rostros manchados de grasa de los hombres con los que había pasado más de un mes, esforzándose en hacerle compañía en el barco, enseñándole juegos de cartas, compartiendo cigarrillos con él, contándole lo poco que sabían del país al que acababan de llegar.

Los marineros eran surcoreanos y habían luchado en la marina durante la guerra. A veces, en el viaje, en las noches más cálidas, se reunían en cubierta a compartir una botella y hablaban de la contienda en el mar. Luego se miraban unos a otros, miraban a Yohan y se quedaban callados.

Después hablaban de su nueva vida, de sus familias, del empleo de marinos mercantes que realizaban desde hacía un año y de su

traslado a Japón, donde había más posibilidades de encontrar trabajo.

—Y esposa —añadió un marinero, acercándose al borde de la cubierta.

El marinero llevaba la botella que habían consumido, y metió en su interior una mecha. Luego se vio la chispa de una cerilla y su mano resplandeció al lanzar la botella en la noche: un destello momentáneo en el cielo, una breve explosión. Yohan disimuló el sobresalto que le produjo el estruendo mientras los marineros gritaban en la vasta oscuridad por la que viajaban.

Ahora, en el muelle, un mes después, no quería seguir con ellos. Se quedó rondando cerca, oyéndolos hablar en coreano, sin saber cuándo volvería a oír el sonido de esa lengua. Ya no quedaba nada por decir; los miró por última vez e hizo un gesto de despedida con la mano.

Se alejó del puerto tierra adentro, protegido por el paraguas, a lo largo de una estrecha carretera que transcurría por un barrio de edificios de apartamentos y tiendas. Sumido en su soledad, miraba los rótulos de las calles y los letreros colgantes, abrumado por los ruidos de la ciudad, por los nuevos olores, por la lengua desconocida.

Los marineros le habían enseñado el portugués que sabían, lo poco que ellos habían aprendido, pero ya no recordaba las palabras; su cerebro buscaba algún rastro de ellas sin conseguirlo, incapaz de concentrarse y sosegarse mientras avanzaba por la carretera.

La localidad era extensa, una pequeña ciudad, y se ensanchaba por la ladera de la montaña. A medida que se adentraba en ella, sentía su densidad, su altura. Observó su singular arquitectura, los diseños de puertas y portales, los pisos elevados. Los edificios eran del color de las conchas marinas. Las ventanas oscuras, por doquier, parecían puertas en la tierra.

De pronto vio a una niña en bicicleta; se subió a la acera y ella lo adelantó arrojando periódicos hacia los portales cerrados. Yohan se detuvo, sorprendido por un recuerdo. Llevaba años sin ver una bicicleta. La lluvia salía despedida de las ruedas mientras la niña se alejaba pedaleando. Apareció una luz en una panadería y luego un hilo de humo de la chimenea.

Detuvo a un pescador, a quien mostró una tarjeta de visita, y el hombre señaló hacia la cima y movió el brazo a la derecha. Yohan siguió por la carretera adoquinada, giró después de una barbería y continuó por otra carretera que serpenteaba por la falda de la montaña entre una hilera de casas con los postigos estrechos pintados de colores. En las ventanas había carteles de papel escritos en japonés.

La sastrería se encontraba entre un edificio de apartamentos y una farmacia. El edificio, de dos plantas, estaba encalado, sin ningún letrero. Pero tenía dos ventanales y tras ellos se veían mesas, rollos de tela y un maniquí con una cinta métrica enrollada en los hombros de su cuerpo descabezado.

Era la primera hora de la mañana. Levantó la vista hacia las ventanas de la segunda planta desde la acera de enfrente.

Y allí, enfrente de la sastrería, bajo la lluvia, sintió el cansancio del viaje. Oyó el rumor de una alcantarilla, se le debilitaron las piernas y empezó a marearse. Agarró el paraguas con fuerza y pensó en los años transcurridos que ahora quedaban a un océano de distancia. Pensó en Corea y en la guerra, pensó en el campamento próximo a la costa sur del país, junto a una base aérea, donde había estado prisionero dos años. Recordó el día en que se levantó y vio los árboles y a los hombres con sus cascos y sus armas balanceándose a su alrededor como campanas tubulares.

Los americanos los llamaban «norteños», y durante las primeras semanas los tuvieron maniatados. Después, ante la necesidad de personal, los médicos los desataron y él comenzó a cavar fosas y a lavar ropa en tinas. Transportaba las bandejas de las enfermeras y daba paseos por el patio, junto a las altas alambradas que rodeaban el campo, con Peng o con los misioneros que acudían a visitarlos, vigilados por los hombres de las torres.

Dormía en una cabaña con los demás prisioneros y en invierno debían calentarse con el calor de sus cuerpos. La luz de la luna los acompañaba, se filtraba por las paredes de madera y se desplazaba sobre ellos en el transcurso de las horas. Yohan, insomne, pensaba en su padre y en la nieve del pueblo de montaña donde había nacido y vivido, que le parecía muy lejano, como si la tierra y sus recuerdos se hubieran expandido

y no pudiera recuperarlos. Y sólo cuando esos pensamientos se alejaban y desvanecían en una línea delgada, se quedaba dormido.

No sabía cuándo había terminado la guerra. No se enteró hasta varios días después.

Un día le dijeron que le llevarían de vuelta a casa. A su país, dijeron, al norte. «Repatriación», lo llamaron.

Él rechazó la propuesta. Fue el único de todo el campamento.

De modo que se quedó allí ayudando a los médicos con los enfermos que no estaban en condiciones de viajar y que no iban a durar mucho. Les cogía la mano o se sentaba junto a ellos y les describía los campos, los árboles y las nubes, y aquellos jóvenes, incapaces de abrir los ojos o de mover la cabeza, sonreían y pensaban en sus madres. Algunos lloraban y decían que lo sentían, que lo sentían mucho, y Yohan se preguntaba qué sentirían de verdad, aunque importaba poco, porque no lo miraban a él, sino a alguien que se hallaba en lo más recóndito de sus sueños.

Y más tarde llegó un hombre.

—De Naciones Unidas —anunció, y se reunió con las enfermeras y los misioneros en una mesa bajo una carpa.

El hombre explicaba que había un acuerdo con Brasil y Yohan permanecía callado. Nunca había oído esa palabra. Podía ir allí si quería, le dijeron; el campamento pronto sería dismantelado.

—Sol —dijo la enfermera que estaba detrás de él mirando la nieve que empezaba a derretirse en los árboles—. Seguro que allí hace mucho sol.

Y él pensó en un lugar donde no habría más noches.

—Brasil —dijo Yohan, y el hombre asintió con la cabeza, la enfermera sonrió y él también sonrió.

Allí había un sastre japonés llamado Kiyoshi. Yohan, que había trabajado en el campamento remendando ropa, sería su aprendiz. La enfermera dijo que eso se le daba bien. Yohan se miró las manos sin recordar que, cuando el hombre de Naciones Unidas llegó, él se hallaba encorvado sobre la mesa, bajo la carpa, zurciendo la ropa que les habían quitado a los muertos en la guerra.

Estaban en 1954. Se quedó en la acera con el paraguas azul en la mano.

Seguía lloviendo. La lluvia, que caía sobre los tejados de las laderas de la montaña, sobre calles estrechas y callejones, y en los ventanales de la sastrería, desdibujaba el contorno de su cuerpo. La mañana era gris y del color de la herrumbre. Todos los sonidos de la ciudad, que empezaba a despertar, parecían elevarse hacia el cielo y disiparse con la lluvia.

Se empezó a formar un charco sobre la acera donde él estaba; las punteras de sus zapatos estaban mojadas y oscuras.

Recuperó la fuerza. Se ajustó el sombrero y se recolocó la mochila. Sacó la carta del bolsillo de la chaqueta. Cruzó la calle y dio un golpe con los nudillos en la puerta de cristal. Aguardó frente a su propio reflejo, tratando de calmar el temblor de las manos.

Desde fuera se veía todo el taller: una única habitación con el suelo oscuro de madera desgastada por las pisadas y las patas de las sillas y las mesas; telas apiladas en estanterías y apoyadas contra las paredes manchadas de humo de tabaco; máquinas de coser sobre las mesas de trabajo; cajas de madera llenas de tijeras, agujas de coser y bobinas de hilo. Una radio portátil. Un ventilador antiguo con una bombilla colgando del bajo techo.

Se acercó más al cristal. Al fondo había una gruesa cortina roja, enmarcada por una luz tenue, que tapaba un pasillo.

Detrás de la cortina apareció un hombre bajo que caminaba encorvado. Llevaba una camiseta y un chaleco, tenía el pelo gris y largo recogido con un cordel. Al acercarse, sus zapatillas golpeaban el suelo con un ritmo lento, como la suave cadencia de la lluvia contra el paraguas de Yohan.

El hombre levantó la mano.

—Está abierto —gritó en japonés, pero siguió avanzando y, bajosamente, abrió la puerta.

Yohan llevaba tiempo sin hablar japonés e hizo un esfuerzo para responder en una lengua que flotaba como un recuerdo lejano.

—Adelante, adelante —dijo el hombre, y Yohan entró tras dejar el paraguas junto a uno de los ventanales del taller.

Ya no llegaba el sonido de la lluvia, tal vez había dejado de llover, y sus oídos se acostumbraron al leve rumor de la radio y del ventila-

dor del techo. El olor del té y de algún tipo de caldo le recordó que llevaba sin comer desde el día anterior, desde aquel almuerzo frugal de la tripulación con la que compartió la comida. Se sentía hambriento.

Pero se quedó inmóvil. Permanecieron uno frente al otro, en la puerta del taller, callados, hasta que el sastre fijó la vista en el traje de Yohan y le pellizcó la tela de los hombros.

—Ya veo el problema —comentó.

Yohan extrajo la carta e hizo una reverencia. El sastre se sacó del bolsillo del chaleco unas gafas de leer.

Mientras leía, Yohan observó su rostro: los ojos tranquilos, los labios gruesos, la piel envejecida y oscura por los años bajo el sol.

Ese era Kiyoshi: en su expresión una paciencia y una firmeza a las que Yohan se acostumbraría con los años.

El sastre dobló la carta y se la metió en el bolsillo del chaleco junto con sus gafas de leer. Encendió un cigarrillo y le tendió la mano a Yohan. Sus dedos eran cálidos y ásperos.

—Bienvenido —dijo también en japonés.

Se aproximó para quitarle la mochila e intentó levantarla, pero cambió de opinión y le dio un golpecito en el hombro para que lo siguiera.

Se dirigieron a la parte de atrás, atravesaron la cortina y llegaron a la cocina. En la hornilla había una tetera y una cazuela. Al otro lado de la cocina, una puerta entornada dejaba entrever un rincón de

un pequeño dormitorio: una mesilla de noche, el lomo de un libro, unas zapatillas y un cenicero, el borde de un catre que le recordó el catre del hospital de campaña del campamento, la luz plomiza de la mañana esparciéndose por el suelo.

Pero no entraron. Se dieron la vuelta y subieron por unas escaleras estrechas que crujían con cada paso. Caminaban despacio, Kiyoshi delante, agarrando el pasamanos, y el humo del cigarrillo ascendía hacia las tenues luces formando una ligera voluta.

En el campamento no había electricidad, aunque sí en la base militar, y por la noche, cuando oscurecía y los edificios se difuminaban, se veía una ristra de luces al otro lado de las alambradas, una hilera de formas cuadradas que brillaban en el cielo nocturno. Y los moribundos, en sus camastros bajo las carpas, miraban esas luces desde la distancia como si esperaran algo, con los médicos haciendo la ronda con linternas. Y Yohan, en la cabaña, pensaba en las noches en el pueblo en las que llevaba el abrigo de su padre y observaba un escenario iluminado y la sombra alargada de los actores.

En la segunda planta había dos pequeñas habitaciones unidas por un corto pasillo. Una se utilizaba como almacén. El sastre lo llevó a la otra y se detuvo junto a la puerta.

La habitación se encontraba encima del taller. El techo estaba inclinado, de manera que una pared era más alta que la otra. Había una sola ventana, que daba a la calle. En el rincón más alejado había un colchón en el suelo. Más cerca de la puerta, junto a la pared

alta, había un escritorio, una silla y una pequeña cómoda. Del techo colgaba una bombilla. Eso era todo.

Hasta aquel momento no se le pasó por la cabeza que llevaba callado desde que entró en el taller. Cuando decidió hablar, Kiyoshi ya se había ido. Oyó que el anciano bajaba las escaleras. Yohan cruzó el cuarto, dejó la mochila junto al colchón y abrió la ventana.

Desde allí se veían los cristales rotos adheridos a los tejados que discurrían en pendiente por la ciudad, alguna antena de televisión, pájaros en los tendederos, ropa de colores desvaídos empapada de lluvia. A lo lejos, los barcos del puerto y las calles serpenteantes que le habían conducido hasta ese lugar, los adoquines mojados y los toldos húmedos de las tiendas y restaurantes.

La niña de la bicicleta regresó. Él se asomó y la vio acercarse. Al otro lado de la calle se alzaba un edificio de apartamentos y junto a él había dos tiendas: una panadería y una pastelería. Sin detenerse, la niña metió la mano en la bandolera y lanzó varios periódicos. Yohan oyó los golpes contra las puertas y la lluvia en las ruedas de la bicicleta.

Un poco después, Kiyoshi salió y recogió el periódico y el paraguas azul. Un grupo de niños pasó correteando y dándole patadas a una pelota de goma bajo la lluvia; una anciana, con un pañuelo llamativo en la cabeza, esperaba bajo el toldo de la farmacia.

Yohan se quitó la chaqueta, se apartó de la ventana y se colocó debajo de la bombilla para examinarla. Giró el interruptor, la luz

empezó a parpadear, y volvió a apagarla. Apretó el casquillo y se encendió de nuevo. Acto seguido, se sentó en el colchón, que era duro y tenía rota una de las esquinas. La camisa le apestaba a sudor y a pescado, aunque tal vez fuera su piel o su pelo.

Volvió a sentirse cansado, se tumbó en la cama y cerró los ojos. A través de la ventana abierta oía el repiqueteo de la lluvia, voces y un coche, y luego la sirena de un barco. Un único tañido de la campana de la iglesia. Una puerta abriéndose. Una canción de la radio. Las puntadas constantes de una máquina de coser. Oía aviones, el polvo que levantaban los camiones y el viento contra las tiendas de campaña, pero era débil y apacible y no le importaba. Montaba en bicicleta. Sintió una mano en la cintura. Alguien conocido le estaba hablando y él dijo:

—Puedo ir un poco más lejos.

Levantó una pala y la clavó en la tierra. Unos niños silbaban y aplaudían. De repente estaba acariciando el pelo de una chica, ella le agarró la muñeca y entraron en un pasillo de cuyo techo colgaban filas de prendas de vestir. Después, la ropa se convirtió en el mar.

Cuando se despertó era de noche. Las luces de la ciudad entraban en la habitación y los muebles proyectaban sombras. En la esquina opuesta, junto a la puerta, había un hombre sentado en la silla del escritorio, observándole.

Yohan se quedó inmóvil, estupefacto. Se le acostumbró la vista a la oscuridad y vio que era su chaqueta. No recordaba haberla coloca-

do allí. Se levantó y olió el cuenco de sopa aún caliente sobre el escritorio. A su lado había un cenicero y un paquete de cigarrillos.

Las luces fluorescentes de una tienda comenzaron a parpadear; la estancia se llenó de claridad y luego volvió a oscurecerse. Observó cómo su sombra aparecía y se desvanecía en la pared de detrás. El aire de la habitación estaba caldeado. Se levantó una ligera brisa y Yohan se quitó la camisa.

Aún no se había acostumbrado al calor del país. El clima era veraniego. Se preguntó si en ese instante habría una estación diferente en cada rincón del mundo. Tal vez viajando con la rapidez necesaria y a una distancia suficiente se podría presenciar un año entero en un solo desplazamiento.

Al otro lado de la calle, una mujer miraba hacia abajo desde el balcón de un segundo piso. Llevaba un vestido claro que mostraba sus delgados brazos, y el pelo oscuro le caía sobre los hombros. Una motocicleta se paró debajo con el motor en marcha. El hombre miró hacia arriba y ambos hablaron en una lengua que Yohan no conocía, pero que más tarde aprendería. Se concentró en su suave cadencia intentando recordar las palabras que los marineros le habían enseñado.

Al contemplar el paisaje, lo devoraba con la mirada.

Se acostumbraría a las calles y edificios de esa ciudad escarpada que parecía la concha antigua de alguna criatura. Y conocería a la gente que transitaba por ella.

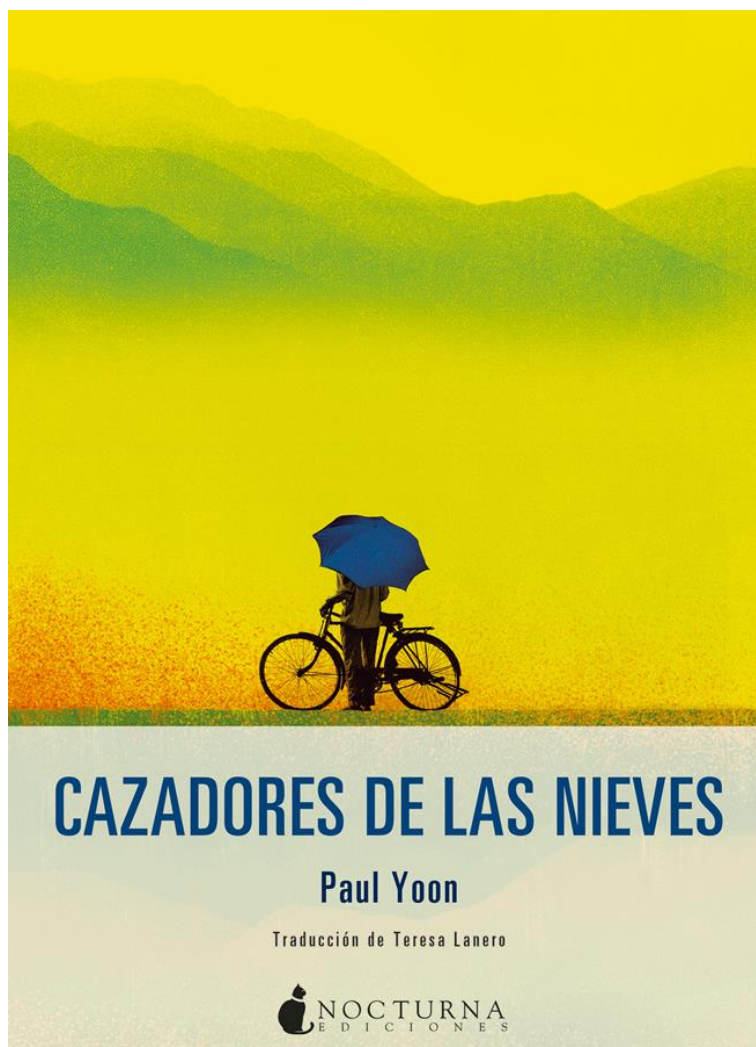
Levantó la chaqueta para examinar los hombros y las mangas. Se la probó. Ya no le quedaba ancha; las mangas y los hombros habían sido ajustados.

La luz del faro se deslizaba por el puerto. Estrellas en el mar. Millones de estrellas reflejadas en la superficie del agua. Había dejado de llover.

SIGUE LEYENDO

CAZADORES DE LAS NIEVES

Paul Yoon



ISBN: 978-84-16858-31-6 | PVP: 14,50 € | A la venta: 15-1-2018

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com